

Melilla: Cien años de hallazgos arqueológicos

Por Francisco Saro Gandarillas

La simple lectura del título anterior induce, sin duda alguna, a pensar en Melilla como una fuente inagotable de hallazgos sucedidos a lo largo de los últimos cien años.

Nada menos cierto. Este tipo de hallazgos han sido siempre muy esporádicos y, por añadidura, mal documentados. Las reseñas de los mismos han sido escasas y pobremente explicitadas. Nada de esto debe extrañarnos; la mayoría de los restos arqueológicos encontrados, lo han sido en una época en que la sensibilidad por el estudio de las civilizaciones y culturas anteriores no alcanzaba la dimensión que alcanza hoy en día. Si a ello añadimos la propia particularidad de Melilla como ciudad apartada de los núcleos más fuertemente culturizados y sensibilizados por estos temas, no tiene por qué sorprendernos la doble circunstancia de que las zonas donde ocurrieron los hallazgos hayan desaparecido y, como segunda consecuencia, hayan sido poco estudiadas.

Unicamente el interés de unos pocos y básicamente el entusiasmo de un honesto aficionado, más a las cosas de Melilla en general que a la arqueología en particular, salvó algo que, sin dudarlo, en otras manos y con otras intenciones, hubiese desaparecido, dejando a Melilla sin la más mínima huella de su remoto pasado. Me refiero, naturalmente, a D. Rafael Fernández de Castro. Casi todas las referencias a hallazgos arqueológicos nos vienen de él. Ciertamente, con la perspectiva de hoy, sus reseñas, más de objetos que de sus lugares de encuentro, quedan muy lejos de lo que en 1983 entenderíamos como un buen estudio científico en términos arqueológicos. No soy arqueólogo y no quiero

juzgar negativamente lo que se hace con especial interés; por ello creo que Fernández de Castro merece nuestro agradecimiento.

Este melillense de adopción data el primer hallazgo arqueológico constatado en 1904, con ocasión de la construcción del matadero viejo. Con esta misma fecha lo datan autores posteriores, quizá tomando el dato de sus publicaciones. Sin embargo, el matadero viejo fue terminado en junio de 1895, funcionando como tal desde esa fecha. Fernández de Castro llega a Melilla en 1906, acompañando a su padre, militar de la guarnición. Es muy posible que oyera hablar de unos restos interesantes encontrados tiempo antes en el matadero. Pero estas referencias no debieron acreditarse en la construcción de éste, sino en un corral levantado a su espalda en julio de 1905, pues es precisamente el 3 de junio de 1905 cuando aparecen por vez primera, de forma acreditada, los enterramientos del cerro de San Lorenzo. No es ocioso el concretar la fecha exacta del descubrimiento. Parece claro que cualquier estudioso del tema, necesita conocer exactamente este dato, si pretende buscar referencias e información en la prensa local o en los archivos de los organismos oficiales del momento.

El matadero viejo estuvo enclavado en lo que hoy es edificio ocupado por un centro de higiene y una clínica de practicantes o algo similar, en las cercanías de la casa de socorro. Con este descubrimiento aparecía el supuestamente más importante yacimiento arqueológico de Melilla. Esta afirmación queda en entredicho si, como veremos más adelante, no se intentó siquiera el estudio de hallazgos posteriores.

Es posible que, como afirma Fernández de Castro, los primeros restos aparecieran en 1881 (él lo fecha en 1883, pero en este año las obras estaban muy avanzadas), al comenzar la construcción del fuerte de San Lorenzo, según lo previsto en el viejo proyecto de ensanche y mejora de las fortificaciones de 1867, pero de aquellos posibles hallazgos no ha quedado constancia alguna. No eran tiempos como para considerar a unos viejos huesos como otra cosa que una simple curiosidad.

Si bien los objetos encontrados en 1905 fueron enviados a los Museos Arqueológico y Antropológico Nacionales por Manuel Becerra, ingeniero de las nonatas obras del puerto de Melilla, no debieron ser estimados como de gran interés, pues ningún especialista vino a estudiar sobre el terreno los restos encontrados. Las ánforas descubiertas, de tipo helenizante, fueron clasificadas como comprendidas en un período

intermedio entre los establecimientos púnicos y romanos (siglos III-I a. C.). No hay noticias de que se siguiera investigando sobre el terreno, por lo que hemos de suponer que en eso quedó todo.

En enero de 1908, al efectuar los trabajos de cimentación del inoperante almacén de cereales, cuyas ruinas se conservan detrás del bloque de edificios de la calle Tallaví y quizá con el tiempo sirvan como símbolo del abandono de los edificios de la ciudad, los obreros descubrieron, a metro y medio de profundidad, restos de cerámica similar a la encontrada tres años antes. Enviados, también al Museo Arqueológico, se les dio un claro origen púnico, aunque no faltara quien se lo diera romano.

Fernández de Castro asegura haber sentido un gran interés por descubrir los orígenes de tan sensacional hallazgo, así como por encontrar otros lugares de Melilla donde pudiera haber restos de la misma importancia. No debió encontrar tiempo ni ayuda para tales menesteres, pues hasta cinco años después, en 1913, no comienza sus trabajos exploratorios, trabajos bien intencionados y plausibles pero lógica y desgraciadamente mal organizados ante la falta de un experto que hiciera un trabajo sistemático con arreglo a unos criterios científicos. El profesor Tarradell se lamenta de esta circunstancia y del hecho penoso de que varias piezas se perdieran en manos de particulares y museos foráneos.

En realidad, el trabajo más concienzudo, se hizo con la experiencia anterior, a partir de la toma de posesión de la Presidencia de la Junta de Arbitrios por parte del general Arraiz de la Conderena, en 1915, un hombre de gran cultura, licenciado en Filosofía y Letras, y bastante sensibilizado por estas cuestiones. Contando con su apoyo, Fernández de Castro pudo hacer un trabajo más sistemático que el efectuado anteriormente. Incluso se comenzó a formar un museo de las excavaciones en una de las dependencias de la Jefatura de Policía, con las piezas depositadas en los bajos del viejo templete de música del parque Hernández.

Aunque los hallazgos fueron comunicados a distintos centros científicos de la Península, ningún especialista debió sentir deseos de ver los enterramientos en su propio terreno, pues no hay constancia de su paso por Melilla. Ciertamente que el señor Fernández de Castro asegura que varios expertos visitaron las obras, pero al no dar sus nombres pre-

sumo que no debían ser de gran renombre ni de acreditada capacidad para enjuiciar aquellas.

El arqueólogo Rodrigo Amador de los Ríos, a distancia, confirmó el origen púnico de los primeros restos encontrados. Al padre Fita, santón de la arqueología española se le enviaron fotografías de los hallazgos, dando su opinión sobre ellos; en aquel momento el Padre no estaba ya en condiciones de hacer un desplazamiento tan largo, falleciendo poco después, en enero de 1918, a los ochenta años.

En el año escaso en que los trabajos tuvieron su máximo desarrollo, se encontraron tres tipos diferentes de enterramientos; los más antiguos, de origen púnico y romano, siendo los terceros consecuencia de la campaña 1774-5 y, por lo tanto, bastante recientes. En su libro «MELILLA PREHISPANICA»¹ Fernández de Castro describe sus vivencias en el estudio de los yacimientos.

Pos supuesto, aunque se dio conocimiento oficial al Gobierno de los hallazgos, éste no se dio por enterado; la Guerra Mundial y sus consecuencias le entretenían en más graves e interesantes quehaceres.

En 1916 se va el general Arraiz y los trabajos quedan definitivamente paralizados al no encontrar en los siguientes el suficiente interés para continuarlos. Todos sabemos cuál fue el final desdichado del importante descubrimiento. Los trabajos para la instalación del ferrocarril del cargadero de mineral y años más tarde la voladura del resto del cerro para la construcción de la plaza de toros y un barrio cercano acabó para siempre con la huella del pasado. Hoy, unas poquitas tumbas mal tratadas son testigos vergonzantes del desastre.

No acaban ahí ni mucho menos los descubrimientos. Mientras, la poca atención existente se concentra en San Lorenzo, en otros puntos de la ciudad aparecen otros hallazgos que ante la falta de trabajos consecuentes quedan como simples anécdotas.

En octubre de 1914 más obras efectuadas en la calle Salamanca del barrio del Real, entre el primitivo cauce del arroyo de Mezquita (hoy calle Jiménez e Iglesias) y el acuartelamiento de intendencia, se

1. «MELILLA PREHISPANICA». Apuntes para la Historia del Septentrión Africano en las Edades Antigua y Media. Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1945.

descubren tres tumbas de forma ovalada, conteniendo sendos cuerpos momificados; encima, una capa caliza de medio metro de espesor, y cubriendo todo una capa diluvial; dentro de las tumbas, trozos de lava. Los cráneos estaban materialmente deshechos, y los cuerpos portaban en sus muñecas aretes de oro o cobre, no se sabe bien, pues pasaron velozmente a manos de algún particular. Particularmente entiendo estos enterramientos como de un interés igual o superior a los del cerro de San Lorenzo; sin embargo, las obras continuaron y los enterramientos pasaron al recuerdo. Desgraciadamente Fernández de Castro no llegó ni siquiera a ver las misteriosas tumbas con lo que se perdió la única oportunidad de hacer un estudio medianamente serio del hallazgo.

De importancia especial es también el descubrimiento, en febrero de 1915, de unos esqueletos en el cerro de Santiago. En aquel momento no se le dio importancia alguna debido a la creencia de que se trataba de simples tumbas de indígenas enterrados en épocas recientes. La creencia estaba avalada por la circunstancia de que en aquel lugar hubo durante muchísimos años una mezquita y, en ocasiones, campamentos de fronterizos; incluso a no mucha distancia estuvo emplazado el poblado moro de Cabrerizas, de donde toma el nombre el barrio actual. Sin embargo, tres años más tarde, al construirse la rampa de subida al barrio de Santiago (pabellones militares frente a Regulares) aparecieron enterramientos determinados como fenicios o púnicos, por su similitud con los encontrados en San Lorenzo; ánforas helénicas del mismo tipo y objetos similares. Fueron llevados al Museo de Junta de Arbitrios. Lo que resulta sorprendente es que Fernández de Castro lo mencione de pasada y sin darle importancia. ¿Cómo es posible esto? La importancia es cuanto menos similar a la del hallazgo de San Lorenzo, confirmando parcialmente al mismo tiempo una teoría existente sobre la constitución costera de Melilla, hace dos mil años muy distinta de la actual, con base en los hábitos de enterramiento de los antiguos púnicos.

La importancia cuantitativa de este hallazgo, debió tener cierta consideración; aún es posible encontrar personas en Melilla que en su juventud extraían ánforas y otros objetos en la zona del cerro de Santiago.

En 1916 hubo también otro descubrimiento cuya importancia es difícil de evaluar al no haber estudio particular alguno sobre ellos.

Al comenzar las obras de la nueva casa de socorro, en su lugar actual, no lejos de los primeros hallazgos, se encontraron restos humanos que por su cercanía fueron relacionados con aquellos. Por ser aquella la posición aproximada que ocupaba la batería de Tarara en la campaña de 1774-75 es posible que fueran enterramientos de los sirvientes de aquellos muertos en la contienda.

También en el mismo año, en febrero, al comenzar el desmonte del terreno para el establecimiento del nuevo mercado de los barrios Real e Hipódromo se encontraron restos humanos; no parecen existir más datos sobre el hallazgo. Solamente podemos especular sobre su proximidad a los enterramientos encontrados en la calle Salamanca y su posible conexión con éstos.

En algunas publicaciones se menciona la aparición, en las proximidades de la Florentina y en el año 1912, de una especie de caja de asperón que contenía en su interior un cuerno que al ser tocado se deshizo. No sabemos el significado de esta caja ni su importancia, pues no existe mejor descripción de la misma.

Fernández de Castro menciona el descubrimiento, en 1930, de una sepultura romana de gran interés en el Parque Gómez-Jordana. La sepultura contenía una lucerna, una taza de cerámica y una patera de «terra sigillata», y fueron enviadas igualmente al Museo Municipal. Sin embargo, me parece cuando menos sorprendente que no mencione el descubrimiento de una necrópolis, identificada supuestamente como romana, en octubre de 1928, dentro del mismo parque forestal y en las proximidades de Ataque Seco, cuando fue él precisamente quien intervino personalmente en su primaria identificación. ¿Olvidó Fernández de Castro la fecha del descubrimiento y la sepultura de 1930 era en realidad parte de la necrópolis hallada en 1928? Testigos de estos hechos confirman la existencia, no de una, sino de varias sepulturas, y por lo tanto de una necrópolis de mediana importancia, circunstancia confirmada por datos extraídos de algunos artículos de prensa sobre el tema del ilustre cronista de la ciudad D. Francisco Mir Berlanga, que alude a objetos encontrados en 1962 pertenecientes, sin duda, a la aludida necrópolis. No hubo ningún tipo de estudio sobre los hallazgos en su día y temo hayamos perdido para siempre datos fundamentales sobre el pasado de Melilla.

Mucho más recientemente y con motivo de las obras efectuadas en

la nueva carretera de subida a la Alcazaba fueron descubiertas unas sepulturas que contenían en su interior una serie de objetos de los que desconozco su descripción; los citados objetos pasaron en cuestión de escasas horas a manos de particulares sin que por las noticias que tengo se impidiera el impune despojo. Por circunstancias que tampoco tengo aclaradas hasta el momento las obras no fueron interrumpidas y los enterramientos fueron fácil víctima de las máquinas. Nadie puede decir que en esos tiempos no hay conciencia clara de la trascendencia de un descubrimiento de este tipo. Tampoco, yo soy el primero en reconocerlo, puede negarse la importancia que para una ciudad tiene el desarrollo de su infraestructura diaria. Pero, ¿no pudieron conjugarse ambos intereses? No quisiera hacer juicios definitivos sobre hechos nebulosos ocurridos mucho antes de mi llegada a esta ciudad. Dejo el asunto a criterio de los interesados en él.

No insistiré demasiado en otros hallazgos de menos importancia. Únicamente en la innumerable cantidad de monedas de todo tipo y época, encontradas en los lugares más heterogéneos y que, ante la falta, en su día, de una ley eficazmente protectora del acervo cultural común, quedaron en manos particulares perdiéndose su rastro. En este momento, y no se si todavía «sub júdice», una buena cantidad de monedas antiguas esperan su destino definitivo, suponemos que para ingresar el capital municipal del museo de la ciudad.

Aunque fuera del territorio de soberanía melillense conviene recordar algunos puntos cercanos que tuvieron cierta importancia en años pretéritos y cuyo estudio no fue, en algunos casos, iniciado, y en otros, acabado, ante la falta de interés oficial por ello.

Me refiero, escogiendo los dos de mayor importancia, a las ruinas, en claro proceso de desaparición, de Cazaza y Taxuda.

Cazaza, hoy en lamentables condiciones de conservación, fue estudiada inicialmente por el ubicuo Fernández de Castro, quien escribió en un libro de cierto interés ² sus trabajos de recuperación, trabajos que apenas fueron un raspar en su superficie. Con toda evidencia unos tra-

2. Fernández de Castro, Rafael: «HISTORIA Y EXPLORACION DE LA RUINA DE CAZAZA». Madrid 1943.

bajos de esta dimensión exigen unos medios considerables, y por añadidura Cazaza estaba en la lejana época en que Fernández de Castro pudo intervenir, muy lejos de los organismos a quienes podía interesar este tipo de investigaciones. No pudo ser. O no quiso ser.

Menos aún se sabe de Taxuda. Si quitamos lo poco que sobre ella escribió el agustino Padre Morán, apenas nada. De gran importancia con los meriridas, su interés máximo reside, en mi opinión, en su casi segura formación romana. La base de los escasos restos de muralla y torreones que se conserva, casi imperceptibles, es claramente de tipo romano. En sus cercanías se han encontrado fragmentos de «terra sigillata». Por otra parte, y en 1910, se encontró en la orilla de la Mar Chica, a la altura de Nador, una gran piedra en la que había fijada una argolla de hierro, hallazgo identificado como de corte romano. Al ocuparse los criaderos del mineral de hierro de Uixan en 1907, se encontraron unas extrañas calicatas en el terreno, que daban a entender una posible utilización del mineral en la antigüedad. Y si, como aseguraba Cándido Lobera, los naturales de la zona daban el nombre de Uad er Rumi, Río del Cristiano o del Romano, al río que naciendo en Uixan va a desembocar a la Mar Chica, parece muy razonable pensar que ciertamente Taxuda pudo ser en sus inicios una fortaleza avanzada de la Rusadir romana.

Estas son algunas notas a vuelapluma sobre algo que pudo ser y no fue: el necesario estudio y conservación de las más antiguas raíces de Melilla. La realidad domina a la intención y sólo nos queda la añoranza.